

La orientación del altar: historia y teología

Padre Martin Reinecke¹

I - Introducción

Desde los años veinte, pero sobre todo desde la reforma litúrgica que siguió al Concilio Vaticano II, la ubicación del celebrante en el altar durante la celebración de la Santa Eucaristía se ha convertido en un tema de controversia. La *celebratio versus populum* se reclamaba cada vez con más frecuencia, y hoy en día se ha convertido casi exclusivamente en la norma.

El origen de esta exigencia radica en el hecho de que, a principios de este siglo, se creía que, durante la celebración eucarística en la Iglesia primitiva, el celebrante se situaba detrás del altar, de cara al pueblo, tal y como habría estado Cristo durante la Última Cena. Como se demostró posteriormente, los defensores de la *celebratio versus populum* cometían un error histórico. Estaban convencidos de retomar la tradición de la Iglesia primitiva. Solo más tarde se dio un fundamento teológico a esta nueva orientación de la celebración: se trataba, supuestamente, de devolver a la celebración eucarística el carácter de comida, que se había olvidado. Sin embargo, nuestros conocimientos históricos muestran que, en la historia de la Iglesia, la *celebratio versus populum* no está atestiguada en ninguna parte. Al contrario, desde muy temprano se consideró esencial que el sacerdote y el pueblo se volvieran juntos hacia el Señor. Esta orientación hacia el este de la celebración eucarística se presenta como un signo escatológico que ocupa un lugar importante en la vida de la Iglesia desde sus inicios.

Para respaldar esta tesis, demostraremos, en la primera parte de esta exposición, que en un principio el sacerdote y el pueblo se dirigían juntos hacia el Señor, basándonos en testimonios arqueológicos —que, sin embargo, podremos limitar aproximadamente al siglo V, ya que, desde el punto de vista que nos ocupa, el período posterior no aporta ningún elemento nuevo^{u2}. A continuación, en la segunda parte de nuestra exposición, intentaremos analizar el contenido teológico de las constataciones históricas. Intentaremos ver por qué, durante la celebración de la Eucaristía, el sacerdote y el pueblo estaban orientados en la misma dirección y veremos, al hacerlo, que esta orientación común no respondía a una necesidad práctica, sino que se derivaba más bien de una concepción teológica: la Santa Eucaristía constituye los primeros frutos de la liturgia celestial, así como la participación anticipada en ella.

II- Panorama histórico: la orientación hacia el este de la iglesia, del celebrante y de los fieles

Como veremos con más detalle más adelante, la oración (privada) dirigida hacia el este expresa exteriormente la orientación interior del alma que, durante la oración, se vuelve hacia el Cristo que ha de venir

¹ Conferencia pronunciada en el I Coloquio del C.I.E.L., Versalles – Gap, del 4 al 6 de octubre de 1995.

² No puede tratarse aquí más que de una visión general que no pretende ser exhaustiva.

y, a través de él, hacia el Padre, orientación que con frecuencia se marca con una cruz. Rápidamente, esta orientación de la oración privada determinó la dirección en la que se construyeron las iglesias, así como el lugar del sacerdote y de los fieles durante la misa³. Como no podemos, por falta de tiempo, entrar en detalles ni profundizar en ejemplos concretos, tendremos que contentarnos con dar algunas ideas fundamentales sobre estos temas. Comenzaremos por la disposición de los participantes en la Cena, luego abordaremos brevemente la cuestión de la orientación de los diferentes tipos de iglesias y, por último, trataremos el lugar del sacerdote y de los fieles durante la liturgia.

A - La Última Cena y la celebración de la Eucaristía en la Iglesia primitiva

En un principio, el debate sobre la orientación de la celebración se desencadenó a partir de la idea que se tenía de la «disposición de la mesa» en el momento de la Última Cena. Martín Lutero ya decía al respecto: «Pero, en la verdadera misa entre verdaderos cristianos, el altar no debería permanecer tal y como está y el sacerdote debería volverse hacia el pueblo, como sin duda hizo Cristo durante la Última Cena. Pero eso puede

esperar».⁴ Independientemente de que, durante la Última Cena, no hubiera «pueblo», esta concepción de un cara a cara contradice la disposición adoptada a la mesa en la Antigüedad. «En cuanto a la idea de que la Eucaristía, para ser una comida, debería implicar un cara a cara entre los participantes, es una ingenuidad de los modernos. En todas las comidas de la Antigüedad, tanto judías como paganas, nunca se sentaban uno frente al otro... por la sencilla razón de que todos los comensales se sentaban en el lado convexo de una mesa en forma de sigma, quedando el lado cóncavo reservado al ir y venir de los posibles sirvientes !..."⁵.

Las mesas que se utilizaban entonces eran redondas o en forma de sigma (semicirculares); en el semicírculo posterior solía haber un banco o una banqueta en forma de sigma en el que —o en la que— los comensales se sentaban —o se recostaban—. El lugar de honor, el del dueño de la casa, no estaba entonces en el centro, sino *in cornu dextro*, en el extremo derecho de la mesa.

Encontramos esta disposición con frecuencia en las representaciones de «cenas», y ello hasta la Edad Media.⁶ Jesús siempre está sentado o recostado a la derecha de la mesa (para el observador, delante y a la izquierda). Así lo muestra la representación (probablemente) más antigua de la Última Cena en la iglesia de Sant'Apollinare Nuovo de Rávena (hacia el año 520). Solo más tarde se girará parcialmente la mesa, de modo que Cristo —siempre *in cornu dextro*— se sitúe entonces en el centro de la sala. A partir del siglo XIII aproximadamente, se impone un nuevo tipo de

³ Véase, en particular, sobre este tema: O. NUSSBAUM, *Der Standort des Liturgen am christlichen Altar vor dem Jahr 1000*, 2 vol. Bonn 1965; M. METZGER, «La Place des liturges à l'autel», en: *Recherches religieuses* 45 (1971), pp. 113-145; K. GAMBER, *Liturgie und Kirchenbau*, Ratisbona 1976; K. GAMBER, *Tournés vers le Seigneur*, Le Barroux 1993; C. VOGEL, «La orientación hacia el este del celebrante y de los fieles durante la celebración eucarística», en: *L'Orient Syrien*, 1964, pp. 3 y ss.

⁴ M. LUTHER, *Deutsche Messe und Ordnung des Gottesdienstes*, 1526.

⁵ Louis BOYER, «Postface pour l'édition française», en: K. Gamber, *op. cit.*, p. 67.

⁶ Cf. K. WESSEL, *Abendmahl und Apostelkommunion*, Recklinghausen, 1964; K. GAMBER: *Domus Ecclesiae*, Ratisbona, 1968, pp. 86 y ss.

Representación: Jesús está sentado al fondo de una mesa (ahora rectangular en la mayoría de los casos), en medio de los apóstoles, lo que se presenta efectivamente como una *celebratio versus populum*.

En los primeros tiempos de la Iglesia, imitando la Última Cena, se mantuvo la misma disposición durante la celebración de la Eucaristía, mientras lo permitió el número relativamente limitado de miembros de la comunidad. Así, según el testimonio del Nuevo Testamento, «en las casas (los primeros cristianos) partían el pan» (Hch 2,46). Y podemos estar seguros de que, en esa ocasión y al igual que en la Última Cena, los fieles se sentaban en una mesa dispuesta en forma de sigma, ocupando el que presidía el lugar *in cornu dextro*.

1 - Las *domus Ecclesiae*

Se denominaban *domus ecclesiae* (iglesias domésticas) las salas en las que se reunían, para el culto, las comunidades relativamente pequeñas: este término aparece por primera vez en un sermón sobre la lectura del Libro del Éxodo durante la vigilia pascual, que habría sido escrito por Niceta de Rémésiana (h. . 420)⁷.

Sin duda, hay que entender el término «iglesia doméstica» o «casa de la comunidad» (de Dios) como una «iglesia» pequeña, en contraposición a las grandes basílicas: se trataba bien de una sala dentro de una casa, bien de pequeñas iglesias construidas expresamente para el culto divino. En todo el imperio, las liturgias se celebraban tanto en las *domus ecclesiae* como en las vastas basílicas. Era en las iglesias domésticas donde se reunían los cristianos cuando no participaban en la Eucaristía episcopal; pero también se encuentran en aglomeraciones que no contaban con obispo. En este sentido, se las podría calificar de «antepasadas» de nuestras parroquias actuales. Estas salas medían de media 7 x 12 m. La *domus ecclesiae* más antigua que se conoce data del año 232 y fue descubierta en Dura-Europos, una pequeña ciudad en la frontera entre Partia y Roma. Evidentemente, se derribó una pared divisoria entre dos pequeñas estancias para formar una sala de 5 x 12,5 m. Es posible que se tratara de la vivienda de un miembro acaudalado de la comunidad que, una vez realizadas las obras necesarias, la puso a disposición de la comunidad para la celebración del culto. Los lugares de culto destinados al bautismo y a la Eucaristía están todos orientados de oeste a este. Del mismo modo, las iglesias construidas en aquella época —desde la época preconstantiniana— también están orientadas hacia el e¹⁸.

En el siglo XX se descubrió toda una serie de iglesias domésticas, sobre todo en la región de los Alpes y la del Danubio. Todas ellas se ajustan a las descripciones indicadas. Durante los tres o cuatro primeros siglos, se adoptó allí la misma disposición de los participantes en la Eucaristía, imitando fielmente la Última Cena. En el centro de la sala, relativamente pequeña, pero a veces también en su parte este u oeste, siempre se encuentra una bancada en forma de sigma de entre 5 y 7 m de diámetro, de la que volveremos a hablar en el siguiente capítulo.

⁷ K. GAMBER, *Weitere Sermonen ad competentes I*, Ratisbona, 1965, pp. 115-119. Este término aparece en el *Sermo* 22,6.

⁸ Véase RORDORFF, «Was wissen wir über die Gottesdiensträume in vorkonstantinischer Zeit?» en: *Zeitschrift für Neutestamentliche Wissenschaft* 55 (1964), pp. 122-128.

A medida que las comunidades se fueron desarrollando —lo cual ocurrió bastante pronto—, se hizo imposible que todos los miembros de la comunidad se reunieran en una sola casa; por lo tanto, se llegó a la situación de que las comidas se tomaban en varias comunidades (véase Hch 2,46). En sus epístolas, san Ignacio de Antioquía (hacia el año 110) menciona conflictos entre estas diferentes comunidades, y a veces incluso auténticos cismas, ^{s. 9}. Por ello exhorta: «En cuanto a la asamblea de la comunidad, que nadie actúe sin el obispo. Solo es legítima la Eucaristía celebrada bajo la presidencia del obispo o de quien él haya encargado... No está permitido, en ausencia del obispo, bautizar o celebrar la ágape »⁹. Quizás también se preveían, en muchos casos, varias mesas, a lo que se alude en Hch 6,2 con respecto a la elección de diáconos: una mesa estaba reservada al clero, otras estaban destinadas a hombres y mujeres. En aquella época, no se puede decir que la orientación hacia el este fuera la norma, había que adaptarse a la distribución y a la orientación de las salas existentes.

Cuando, al crecer las comunidades, ya no bastaba con disponer de varias mesas, se reunían en casas que contaban con una gran sala. Entonces solo quedaba la mesa del obispo y de sus presbíteros, mientras que la comunidad permanecía de pie frente a la mesa durante la celebración. Esta disposición de los participantes en la Eucaristía se encuentra en la *Disdascalia Apostolorum*, que data del siglo III ^{e11}.

La disposición de la mesa (en forma de sigma) en el refectorio de algunos antiguos monasterios puede dar una idea de cómo se disponían las mesas en las iglesias domésticas¹¹. Encontramos un ejemplo particularmente bello en el refectorio de la Gran Lavra, en el Monte Athos, donde el superior del monasterio se sienta en una mesa en forma de sigma que está elevada a la altura de tres escalones y se encuentra en el ábside. Cabe suponer que la disposición era la misma en las iglesias dobles de las que hemos hablado anteriormente. Cabe mencionar también el *triclinium* (comedor) de León III, en el Letrán, que contaba asimismo con ^{s12} ábsides con mesas y *accubita*, así como el «*triclinium* de los diecinueve divanes», en el palacio imperial de Constantinopla.

2 - El banco y la mesa en forma de sigma

Antiguamente, a este banco se le solía llamar «banco del clero» ^{«13»}, lo que no puede aplicarse a la Iglesia primitiva: por un lado, las pequeñas comunidades rurales no contaban con tantos clérigos, que habrían sido entonces tan numerosos, si no más, que los «laicos»; por otro lado, en muchas iglesias no habría habido espacio suficiente para el «pueblo». Por lo tanto, debemos encontrarle otro uso.

⁹ Cf. IGNACIO, *Magn.* 7,1.

¹⁰ Cf. IGNACIO, *Smyrn.* 8.

¹¹ Véase K. GAMBER, «Die frühchristliche Hauskirche nach Didascalia Apostolorum» II,57,1-58,6, en: *Studia Patristica X*, Berlín 1970, pp. 337-344.

¹² O. NUSSBAUM, «Zum Problem der runden und sigmaförmigen Altarplatten», en: *Jahrbuch für Antike und Christentum 4*, 1961, pp. 26-27.

¹³ .E. DYGGVE, «Über die freistehende Klerusbank», en: *Festschrift R. Egger*, Klagenfurt 1952, 41-52.

La continuidad observada en la iconografía de la Última Cena nos lleva a pensar que antiguamente, durante la celebración de la Eucaristía, el lugar de honor —es decir, el lugar del liturgo de la celebración— se encontraba a la izquierda del banco en forma de sigma que rodeaba una mesa, en la mayoría de los casos redonda o semicircular¹⁴.

Podemos concluir que el lugar del obispo se encontraba también inicialmente *in cornu dextro* y que los miembros de la comunidad se colocaban a continuación en un orden determinado. La mesa del altar tenía forma de sigma, pero a veces también era redonda¹⁵. De este modo, la parte anterior quedaba libre para el servicio. Se mantuvo esta forma antigua mientras las comunidades fueron muy pequeñas. Era también la disposición prescrita para la celebración de la Pascua.

A partir del siglo IV, en las iglesias pequeñas (por ejemplo, en Silchester y Aquilea), estos bancos solían disponerse orientados hacia el oeste. Para la consagración, al recitarse entonces la oración mirando hacia el este, los fieles no podían permanecer en sus sitios (lo que quizá fuera el caso anteriormente). Por eso, no solo se levantaban, sino que se dirigían al espacio libre situado delante del altar, lo que hacía que el celebrante se encontrara directamente delante del altar. Era la única forma de permanecer *conversi ad Dominum*. Según las prescripciones de la didascalia, detrás del sacerdote se colocaban primero los hombres y luego las mujeres, formando probablemente un semicírculo abierto hacia el este, en cuyo centro se situaba el sacerdote¹⁶.

A medida que las comunidades se desarrollaban en estas regiones, el ábside pasó a reservarse para el clero; en cuanto a los fieles, se sentaban a lo largo de los muros laterales de la sala. Así, durante la consagración, solo tenían que levantarse para volverse hacia el este. De este modo se formaba también un semicírculo abierto hacia el este.

3 - Las *domus ecclesiae* según la *Didascalia Apostolorum*

En la *Didascalia Apostolorum*, canon siríaco de principios del siglo III, pero que solo se nos ha conservado en transcripciones posteriores¹⁷, la disposición de los participantes alrededor de la mesa, durante la celebración eucarística de los primeros cristianos, desempeña un papel importante. En sus diferentes versiones, la Didascalia da una idea de la evolución que se produjo desde la *domus ecclesiae* (siglos II y III) hasta la basílica (siglo IV).

En la época de la versión más antigua, evidentemente aún no existía una iglesia propiamente dicha, sino que se reunían todavía en el comedor de una casa privada. Además, según todas las apariencias, la primera versión aún conoce la consagración separada del pan y del cáliz: de hecho, se invitará a un obispo extranjero a pronunciar, al final de la celebración, al menos la oración de acción de gracias sobre el cáliz (c. 58,3). En cambio, en la versión posterior del siglo IV —las

¹⁴ O. NUSSBAUM, *Der Standort des Zelebranten am christlichen Altar vor dem Jahre 1000*, Bonn, 1965, p. 377.

¹⁵ Se han encontrado numerosas mesas de altar, tanto redondas como en forma de sigma.

¹⁶ Véase K. GAMBER: *Das Patriarchat Aquileja*, Ratisbona, 1987, pp. 31-33

¹⁷ Véase K. GAMBER, *Domus ecclesiae*, Ratisbona, 1968, pp. 71-75.

Constitutiones Apostolorum ¹⁸ —, ya se habla de un edificio de culto propio, que debe ser bastante largo y orientado hacia el este; ya cuenta con varias salas anexas (llamadas pastophories). La consagración del pan y la del vino se agrupan, solo hay una única acción de gracias sobre las dos ofrendas.

Desde el punto de vista que nos interesa, lo importante son las indicaciones dadas sobre la disposición de los participantes en la misa, que, en la primera versión, ya sugieren una orientación de las oraciones. El lugar reservado a los sacerdotes se encuentra en la parte oriental de la sala: el obispo se sienta en el centro, sus sacerdotes a sus lados, y los laicos se encuentran en la otra parte de la sala. Los diáconos se encargan de mantener el orden, asignan los asientos y velan por que todos se comporten correctamente. Son sobre todo los miembros mayores de la comunidad los que se sientan siguiendo un orden estricto: los hombres delante, las mujeres detrás de ellos. Los jóvenes solo pueden sentarse si quedan plazas libres; de lo contrario, permanecen de pie. Los niños se colocan junto a sus padres o, cuando no hay suficiente espacio, detrás de las mujeres. Las viudas y las mujeres mayores deben estar sentadas. Los diáconos solo deben permitir la entrada a los fieles, y se encargan de asignarles su asiento. Un sacerdote extranjero deberá sentarse con los sacerdotes, y a un obispo extranjero se le invitará incluso a dirigirse a los fieles (homilía) o, como hemos visto, a pronunciar la acción de gracias sobre el cáliz y, posteriormente, la bendición sobre el pueblo. Cuando llegue una persona de rango, el obispo no se interrumpirá; los hermanos le recibirán en su lugar. Se recibirá especialmente bien a un pobre, se le proporcionará un asiento. Si los jóvenes no le ceden el asiento, deberán, como castigo, ir a sentarse atrás, con los niños. Si es necesario, el propio obispo cederá su asiento, para avergonzar así a los demás.

Una inclusión posterior en el texto siríaco subraya aún más la orientación: al este se sientan los sacerdotes con el obispo, detrás se encuentran los hombres, luego las mujeres, «*ut cum surgitis orantes praepositi surgant primi et post eos viri laici, deinde iterum feminae*». A continuación, se ofrece una justificación precisa de la oración dirigida hacia el este: «*Nam versus orientem oportet vos orare sicut et scitis quod scriptum est: Date laudem Deo, qui ascendit in caelum caeli ad orientem*». Esta orientación de la oración, que aquí se subraya claramente, determinará también, posteriormente, la construcción de la propia iglesia orientada hacia el este.

Este documento no habla de mesa, pero hay que suponerla. Además, hay que suponer que, al principio, el obispo y los sacerdotes no eran los únicos que tenían una mesa, los laicos también la tenían, como hemos visto anteriormente. Solo más tarde se renunció a tener mesas individuales (a más tardar tras la separación entre el ágape y la Eucaristía). Solo el obispo y los presbíteros conservan su banco en forma de sigma en la parte oriental —o en el ábside—, y la mesa en forma de sigma correspondiente se convierte en el altar, situado más adelante.

La disposición descrita en la didascalia se corresponde exactamente con la distribución de *la aula* sur de la iglesia doble de Aquilea, que data del siglo IV y fue descubierta a principios del siglo XX. El suelo de la

¹⁸ Véase FUNK, *Didascalia et Constitutiones Apostolorum I*, Paderborn, 1905, pp. 158 y ss.

parte oriental de la sala está completamente cubierta por un mosaico que representa la historia de Jonás, lo que la convierte en una unidad cerrada. Allí se encontraba la sede del obispo y de los presbíteros. Los laicos varones se situaban en la segunda zona, las mujeres y los niños en la tercera, y probablemente no había asientos en esta última. Es probable que la parte central de cada una de estas zonas se dejara libre para no obstaculizar el paso de los participantes ni las idas y venidas de los diáconos. Así, ya en el siglo IV, el orden en las iglesias estaba estrictamente codificado, con especial énfasis en la orientación hacia el este. No se trataba solo, en este caso, de que se sintiera la necesidad de imponer un orden muy particular en las comunidades, ahora más numerosas; se trataba también de la concepción que se tenía de la Eucaristía misma. A la ceremonia eucarística se unía la espera de la parusía, cuya expresión visible era que los participantes en dicha ceremonia se volvieran hacia el oriente.

4 - De la *domus ecclesiae* a la basílica

Si bien, en un primer momento, se mantuvo la «disposición de las mesas» de la Última Cena —celebrándose la Eucaristía en una o varias mesas—, en la etapa siguiente, como ya hemos señalado, las mesas de los laicos desaparecen. La mesa en forma de sigma, casi siempre de madera, se convierte en un altar de piedra. Durante el servicio divino, el sacerdote permanece de pie *ante el altar*, tal y como se dice en *De sacramentis* 5,1. Ahora, los participantes en el culto están, como en las sinagogas, sentados en bancos dispuestos a lo largo de los lados del edificio eclesiástico. Estos bancos representan una especie de prolongación del banco en forma de sigma, en el que a partir de entonces solo se sientan el obispo y sus presbíteros. La evolución desde la antigua iglesia doméstica es clara, pero ya se trata más bien de una iglesia en el sentido que este término adquirió posteriormente.

A medida que las comunidades se desarrollaban, hubo que adaptarse a las nuevas condiciones. Las iglesias se hicieron más grandes; sin embargo, a menudo se conservó el antiguo banco en forma de sigma con su respaldo, como atestiguan numerosos ejemplos. A partir de entonces, se trata pura y simplemente de un banco de clérigos. En la mayoría de los casos, este banco se encuentra en un espacio bien delimitado, separado por las *cancelli* a partir del siglo V aproximadamente. El altar ya no se sitúa dentro del espacio delimitado por el banco, sino, sin conexión visible, un poco más adelante. De este modo, la iglesia se divide de forma diferente, disposición que ya se vislumbraba en la anterior, cuando el celebrante se situaba de pie en el centro de un semicírculo. A partir de entonces existe una zona ligeramente elevada para los liturgos y otra, más amplia, para el pueblo, que asiste de pie al culto. Solo se puede sentarse en los bancos dispuestos a lo largo de las paredes (serán sobre todo las personas mayores o enfermas). La iglesia oriental ha conservado esta disposición hasta nuestros días.

Esta evolución no se produjo al mismo tiempo en todo el imperio. El cambio se produjo relativamente tarde —hacia principios del siglo V— en las regiones alejadas, en la provincia. Cabe suponer que se produjo al mismo tiempo que la separación entre el ágape y la Eucaristía.

Al principio, la zona del altar estaba separada por barreras de madera (*cancelli*), pero estas pronto se construyeron en piedra. Por lo general, sostenían de 4 a 6 pilares con una viga transversal a la que se fijaban cortinas, que permanecían cerradas fuera del culto, pero también en determinados momentos de la misa (canon). También se cuelgan lámparas de esta pérgola. En el semicírculo del ábside, bajo la decoración del ábside, se sienta ahora el obispo en un asiento elevado, rodeado de sus sacerdotes; en cuanto a los fieles, se sientan a lo largo de las paredes; en las basílicas, se colocan en las naves laterales.

Pronto, el aspecto del altar también cambia: ya no es simplemente una mesa. A menudo está coronado por un baldaquín; está cubierto con paños preciosos que tienen su origen en la antigua decoración de la mesa en forma de sigma (*antependium*). Sobre el altar solo se encuentran el cáliz, la patena y el evangelario, y con frecuencia también un cofre que contiene la Eucaristía y reliquias.

Si en la *domus ecclesiae* ya se procuraba elegir una sala orientada de oeste a este, los edificios destinados a convertirse en iglesias se construyeron, con mayor razón, orientados hacia el este. Fue sobre todo tras el edicto de tolerancia religiosa del emperador Constantino cuando comenzó la gran época de la construcción de iglesias. Tanto en Oriente como en Occidente, se vieron entonces erigirse por doquier edificios de culto, todos ellos orientados, ya fuera porque el ábside se encontraba al este, ya porque la propia entrada estaba en esa dirección¹⁹.

Parece que las iglesias con la entrada al este representan la forma más antigua (sobre todo en Roma y en el norte de África). A partir de finales del siglo IV y principios del V, fueron sustituidas por iglesias cuya ábside estaba orientada hacia el este²⁰.

Así, la iglesia se convierte, cada vez más, en un edificio de culto; la Eucaristía se convierte en una fiesta solemne, a la que el hombre asiste temblando; se convierte en *mysterium tremendum*. El sacerdote celebrante ya no es el padre de familia, sino el sacerdote sacrificador, que se separa de la masa del pueblo para ofrecer el sacrificio por las oraciones del pueblo. Mientras que antes era el aspecto de la comida el que predominaba en la misa, el del sacrificio pasó a tener prioridad. Pero es la misma ceremonia que antes, de la que estos dos aspectos son constitutivos. La forma en que se celebraba anteriormente la Eucaristía en las iglesias domésticas solo era posible a partir de entonces en el pequeño círculo de los «cristianos apartados». Cuando la Iglesia se hizo «popular», hizo lo único posible y justo al desplazar ligeramente el énfasis (desde el punto de vista del rito). Sin embargo, desde el principio era evidente que la celebración eucarística era el servicio ante Dios, y esto se refleja ahora mejor en el rito exterior.

¹⁹ Cf. NUSSBAUM, op. cit. I, pp. 24-372.

²⁰ En Siria, esta fue la disposición habitual de las iglesias desde el principio; cf. Nubbaum, op. cit., pp. 395-401.

B - La ubicación del altar, del celebrante y del pueblo durante la celebración eucarística

Pasemos ahora a la cuestión de la ubicación del celebrante en estas iglesias, que ya solo cuentan con una mesa-altar. ¿Se situaba delante o detrás del altar? A primera vista, cabría pensar que el celebrante se desplazaba directamente desde su lugar, en el ábside, hacia la parte trasera del altar, para situarse así de pie *versus populum*.

Sin embargo, ya en aquella época era esencial, al rezar, volverse hacia el sol naciente, en el que se veía un símbolo de Cristo ascendiendo al cielo y regresando.

En las iglesias en las que la entrada se encontraba al este, la luz del sol naciente, durante la celebración eucarística matutina, entraba en la basílica por las puertas abiertas. El celebrante debía situarse detrás del altar para mirar hacia el oriente durante el sacrificio. Sin embargo, el sacerdote no era el único que se orientaba hacia el oriente para orar: los fieles, que se encontraban en las naves laterales, también se orientaban en esa dirección. La liturgia egipcia de San Marcos les exhorta expresamente a ello: «*Ad orientem adspicite*». Contrariamente a lo que se afirma a menudo, no había, por tanto, un cara a cara entre el sacerdote y la comunidad. En estas basílicas, la comunidad reunida para la celebración eucarística se situaba en un semicírculo abierto hacia el este, y el obispo (o el sacerdote) que celebraba se situaba en la parte superior de ese semicírculo. Encontramos aquí la misma disposición que con el banco en forma de sigma de antaño.

En las iglesias cuyo ábside estaba orientado hacia el este, la posición del celebrante ante el altar era necesariamente diferente. Se situaba frente al altar, de espaldas a la congregación, mirando hacia el ábside situado al este. «Así, el sacerdote está a la cabeza del pueblo, y no *versus populum*. Toda la comunidad forma como una procesión que, dirigida por el sacerdote, avanza hacia el oriente, hacia el sol, al encuentro de Cristo Señor, para ofrecer a Dios, con él, el sacrificio »²¹. Por otra parte, también existen iglesias en las que, si bien el ábside está situado al este, el altar se encuentra en medio de la nave. Este fue sobre todo el caso en el norte de África y en la Alta Italia (Rávena). En este caso, todo el espacio comprendido entre el altar y el ábside constituía el *presbiterio*. En cuanto a los fieles, al igual que en los demás edificios, se encontraban en las naves laterales, lo que corresponde a los asientos laterales de las iglesias pequeñas. También en este caso, durante el santo sacrificio, el celebrante se situaba en el altar, orientado hacia el este. En este caso, no constituye la cabeza del santo pueblo de Dios, sino que, al igual que en las basílicas con entrada por el este, se encuentra en el punto de convergencia de un amplio semicírculo abierto hacia el este. Así, en la época de las primeras basílicas, podemos observar dos disposiciones diferentes de la posición del sacerdote y del pueblo. En las iglesias cuyo ábside se encuentra al este, toda la comunidad forma una procesión orientada hacia el este, con el sacerdote a la cabeza. Esta disposición recuerda la dinámica de la columna del pueblo elegido en el desierto, y es la que se ha mantenido hasta nuestros días. En las demás iglesias —ya fuera porque la entrada se situaba al este o porque el altar se encontraba en medio de la nave—, la comunidad formaba un semicírculo abierto hacia el este, situándose el celebrante bien en el punto de convergencia, bien en el centro de dicho semicírculo. Esta disposición, más bien

²¹ J. A. JUNGMANN, *Liturgie der christlichen Frühzeit*, Friburgo 1967, p. 126.

La estática significa que la comunidad se abre al Señor, para recibirlo en su seno. Espera su venida ahora, en la Eucaristía, pero también en la parusía.

III - Teología: significado teológico de la oración hacia el este

Tras haber estudiado la evolución histórica de la sala eclesial de la época primitiva y de la orientación hacia el este durante la celebración eucarística, conviene ahora preguntarse por qué se daba tanta importancia, en la Iglesia primitiva, a esta orientación. Ya hemos visto, en la *Didascalia Apostolorum*, la razón más frecuentemente invocada para esta orientación: «Rezaréis mirando hacia el este, pues sabéis que está escrito: Alabad al Señor que subió al cielo por el este». Además de otras razones esgrimidas, se hace referencia sobre todo a la Ascensión de Cristo hacia el este y a su esperado regreso desde el este al final de los tiempos. Así, la oración hacia el este, en particular durante la celebración de la Eucaristía, aparece como un signo escatológico de la liturgia: toda la comunidad se vuelve hacia el Señor para esperarlo y recibirlo, ahora, en la Eucaristía, pero también, más adelante, en la parusía.

A - La oración hacia el este y su justificación entre los primeros cristianos

Por «rezar mirando hacia el este» se entiende, en general, «dirigir la mirada hacia el oriente, es decir, hacia la región donde cada día sale el sol, principio de la vida. Así, en el ámbito religioso, la orientación da una expresión visible a la fe en la presencia del poder sagrado en el lugar donde uno se encuentra» .²² Como tal, esta orientación de la oración no se limita al cristianismo. Se encuentra con frecuencia también en religiones no cristianas, a veces incluso hoy en día. El cristianismo tomó del paganismo esta orientación hacia el este para su oración y para la construcción de sus iglesias, al tiempo que le confería un simbolismo diferente, basado en la Biblia. A partir de entonces se consideró desde un punto de vista puramente cristológico. Para los cristianos, volverse hacia el este para orar sustituía a la costumbre judía de volverse hacia Jerusalén para orar ^{r23}.

En el cristianismo primitivo, se observa desde muy temprano esta orientación hacia el este para orar. En Siria y Palestina, ya se había convertido en costumbre a finales del siglo I. Pero esta práctica se extendió rápidamente a otras regiones. Así, Tertuliano (h. después del 220) escribe que los cristianos «oran en dirección al sol naciente»²⁴. Según Orígenes (m. 253), esta orientación hacia el este se remonta al propio Cristo y a los apóstoles y forma parte de los misterios divinos: «Entre las costumbres de la Iglesia, hay muchas que todos deben observar, sin duda, pero cuyo significado profundo no todos comprenden. En efecto, no todo el mundo comprenderá fácilmente, en mi opinión, por qué... de todas las regiones del cielo, siempre y en todas partes dirigimos nuestras oraciones hacia el oriente... Si

²² G. LANCZKOWSKI, «Ostung», en: LThK VII, p. 1293.

²³ Cf. A.G. MARTIMORT, *L'Eglise en prière. Introduction à la liturgie*, vol. 1, París 1983, p. 191.

²⁴ TERTULIANO, *Apologeticum* c. 16

Si cumplimos y observamos todo esto, es porque lo hemos recibido del Sumo Sacerdote (Cristo) y de sus hijos (los apóstoles), quienes nos lo transmitieron y nos lo confiaron »²⁵. El propio Agustín (m. 430) menciona la orientación hacia el este: «Cuando nos levantamos para orar, nos volvemos hacia el oriente, donde se eleva el cielo. No es que Dios esté allí, habiendo abandonado las demás regiones del mundo..., sino para exhortar al espíritu a elevarse hacia una naturaleza superior, es decir, hacia Dios »²⁶. Y Paulino de Nola (m. 431) califica la orientación del ábside *de usitator* (Ep. 32,13). En Oriente, sobre todo en Siria, también se miraba hacia el este para rezar en privado. Sin duda, la oración hacia el oriente era una costumbre común a los cristianos y a otras religiones, pero los cristianos le dieron otra justificación: era ante todo porque Jesús había ascendido a los cielos hacia el oriente y se esperaba su regreso en la misma dirección; además, se situaba el paraíso en el oriente. Dölger demuestra ampliamente que la justificación más antigua de esta orientación se basa en la Ascensión del Señor hacia el este y su esperado regreso en esa dirección. Así, san Juan Damasceno (m. 750) escribe por su parte: «En su Ascensión, se elevó hacia el oriente, y en esa dirección lo adoraban sus apóstoles, y así es como volverá, tal y como lo vieron subir al cielo, tal y como dijo el propio Señor: “Como el relámpago que sale del oriente llega enseguida al occidente, así será el regreso del Hijo del hombre”. Puesto que lo esperamos, oramos mirando hacia el oriente. Es una tradición no escrita de los apóstoles »²⁷. Es también a esta cita del evangelio de san Mateo (24,27) a la que se refiere el primer canon de la *Doctrina Apostolorum* siríaca, cuya prescripción fue retomada en textos siríacos posteriores: «Así determinaron los apóstoles que oraseis mirando hacia el oriente, pues “como el relámpago que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del hombre”, para que, de este modo, reconozcamos y comprendamos que aparecerá de repente desde el oriente »²⁸. Aquí, la oración hacia el este, que se justifica por el regreso de Cristo al oriente, aparece claramente como una evocación de la parusía.

La Iglesia primitiva daba otra justificación a la orientación: se consideraba que el paraíso se encontraba en el oriente. «Así como las almas de los mártires (y de los santos) ascienden al paraíso hacia el oriente, su arquetipo, Jesús, también asciende al cielo hacia el oriente». Del mismo modo, «también debe regresar desde Oriente» (Dölger). Todos los escritores de los siglos IV y V relacionados con la liturgia antioquina subrayan que, si uno se vuelve hacia Oriente para orar, es porque el paraíso se encuentra en esa dirección. Al hacerlo, el cristiano recordaba el paraíso, su antigua patria, a la que deseaba volver. En la Iglesia occidental, las antiguas justificaciones de la oración hacia el oriente se mantuvieron hasta la Edad Media ^{ge} 29.

²⁵ ORÍGENES, *In numeros homilia* V.1 CVII 25

²⁶ Agustín, *De sermone Domini in Monte* II, 18; PL 34, p. 1277.

²⁷ Juan de Damasco, *De fide Orth.* IV,12; PG 94, p. 1136.

²⁸ Citado según F.J. DÖLGER, op. cit., p. 172.

²⁹ Cf. Santo Tomás de Aquino, *S. th.* II, qu. 84, art. 3,3.

B - El *Sursum corda* y la oración hacia el oriente

En todas las liturgias, tanto orientales como occidentales, la plegaria eucarística va precedida de un diálogo que suele comenzar con un saludo, el cual se ha conservado en diversas formas. Sin embargo, hay una parte del diálogo que se repite en todos los casos: es la invitación a elevar nuestro corazón. En los ritos latinos, se expresa así: «*Sursum corda*», «¡Elevemos nuestros corazones!» —o, en san Agustín: «*Sursum cor*»³⁰. La respuesta a esta invitación es siempre: «Están vueltos hacia el Señor». En cuanto a la fórmula «*Gratias agamus Domino Deo nostro*», su origen se encuentra en la liturgia judía. Durante la comida judía, también hay un prefacio que se recita ante la copa de bendición, que contiene la invitación: «¡Bendigamos a l !»³¹. En las sinagogas, durante el culto matutino, las bendiciones comienzan de manera muy similar: «¡Bendigamos a Yahvé, el Todopoderoso!»³². Estas invitaciones a la oración recuerdan claramente al *Gratias agamus* que precede a la plegaria eucarística cristiana. El *Sursum corda*, sin duda más tardío, sería, según Baumsta^{rk}³³, de origen griego. Quizás tenga su origen primigenio en el propio apóstol Pablo: «Si realmente habéis resucitado con Cristo, buscad solo las cosas de arriba (“*quae sursum sunt quaerite*”))» (Col 3,1). Si bien las oraciones de ofrenda eucarística de la Didaché (hacia el año 100) aún no conocen este diálogo introductorio, este aparece en las fórmulas más antiguas de la oración eucarística, por ejemplo, ya en la Eucaristía de San Hipólito (h. 235), redactada hacia el a .²¹⁵³⁴, así como en la anáfora del octavo libro de las Constituciones Apostólicas, antes de finales del siglo IV .³⁵, donde se lee de hecho: «*Sursum mentem*». Desde entonces, esta fórmula forma parte del fondo permanente de las liturgias eucarísticas de los distintos ritos. Junto con la respuesta correspondiente, constituye una parte del prefacio, de la introducción a la *Prex eucharistica*, tal y como ya atestigua Cipriano de Cartago (m. 258) en su obra *De dominica oratione* (c. 31).

Al tratarse de una invitación a elevar el corazón —o el espíritu— hacia el Señor, el «*Sursum corda*» se presenta, en la liturgia, como un signo parusial. El Señor, hacia quien los fieles deben dirigir su atención interior, es el *Kyrios* que ha sido elevado a la gloria del Padre y que va a aparecer *hic et nunc* de manera misteriosa, aquel a quien los cristianos esperan al final de los tiempos para que, cuando venga, juzgue a los vivos y a los muertos.

Este significado parusial del *Sursum corda* resulta particularmente claro cuando se considera esta exhortación en relación con la orientación de la liturgia. La invitación a la concentración interior era al mismo tiempo una llamada a manifestar visible y exteriormente la atención espiritual que se dirigía interiormente hacia Dios. Esto ya se encontraba entre los paganos, que alzaban los brazos y los ojos, y más concretamente hacia el oriente, tal y como expone en detalle

³⁰ San AGUSTÍN, *Sermo* 227.

³¹ Ber. VII, 1; VIII, 8b; cf. A. HÄNGGI-I. PAHL, *Prex eucharistica*, 9.

³² Cf. ELBOGEN, *Der jüdische Gottesdienst in seiner geschichtlichen Entwicklung*, Fráncfort del Meno, 2/1931, pp. 16 y ss.

³³ Cf. A. BAUMSTARK, *Liturgie comparée*, Chévetogne, 1940, p. 97.

³⁴ A. HÄNGGI-I. PAHL, op. cit., pp. 80-81.

³⁵ *ibid.*, p. 83.

Dölge r.³⁶. «Se vuelve la mirada hacia Dios y su morada, se alzan los ojos al cielo y, al hacerlo, uno se encuentra cerca de Dios. Se extienden las manos hacia el cielo para simbolizar que el alma misma se ha vuelto hacia el Señor»³⁷.

Esta actitud de oración, que estaba extendida por todo el mundo mediterráneo, fue adoptada por los cristianos, quienes, sin embargo, le dieron un significado y un contenido diferentes. En este contexto, la respuesta «*Habemus ad Dominum*» no significa otra cosa que: «Estamos orientados hacia el Oriente, hacia Cristo, el Señor». Así se lee en los Actos del martirio de los santos Fructuoso, Augurio y Eulogio (c. 2): «*Fructuosus episcopus respexit ad Dominum et orare coepit intra se*». También aquí se trata de un gesto corporal: mirar hacia el Señor, que viene confirmado por la oración del corazón: *el orare intra se*.

En algunas partes de la Iglesia, además del *Sursum corda*, el diálogo que precedía a la plegaria eucarística iba acompañado de una invitación específica a volverse hacia el oriente. Así, en el octavo libro de las Constituciones Apostólicas (VIII, 12, 1), el diácono exhortaba así a los fieles : «Pongámonos de pie, volviéndonos hacia el Señor». En el segundo libro de estas Constituciones (57,14), ya se habla de levantarse y volverse hacia el oriente. Encontramos otro ejemplo en la anáfora egipcia de San Basilio³⁸. Al diálogo habitual le sigue la primera parte de la oración de alabanza (el homenaje al Padre), tras la cual el diácono invita primero a los fieles a levantarse: «*Qui sedetis surgite*». En la transición al *Sanctus*, dice a continuación: «*Ad orientem adspicite*». En Occidente, no encontramos una indicación tan clara en la liturgia propiamente dicha. Quizás se consideraba que el *Sursum corda* era una invitación parroquial aún más explícita a mirar hacia el oriente. Sin embargo, en numerosos sermones de san Agustín se encuentra como fórmula final: «*Conversi ad Dominum*» (seguido de «*oremus*» o algo similar). Así, el *Sermo* 141 termina con las palabras: «*Conversi ad Dominum, gratias agamus ei qui vivat in saecula saeculorum*».

En la Iglesia occidental, sin embargo, solo en la liturgia mozárabe se encuentra una invitación al silencio y una llamada a la atención, sin que se especifique, no obstante, que haya que volverse hacia el oriente. En una de las rúbricas que preceden a la bendición de las luces durante la vigilia pascual, se lee: «*Post haec silentium datur III vicibus*», a lo que sigue: «*Equum et justum est...*»³⁹. El *Sursum corda* repite la exhortación a estar atentos a la acción sagrada que va a seguir. Del mismo modo, aún hoy, el diálogo liminar de *la Illatio* (prefacio) de la liturgia mozárabe de la misa va precedido de la llamada del sacerdote: «*Aures ad Dominum*», a lo que los fieles responden: «*Habemus ad Dominum*»⁴⁰. En origen, esta invitación —como todas las demás moniciones— estaba reservada al diácono.

³⁶ J. DÖLGER, *Sol salutis. Gebet und Gesang im christlichen Altertum*, Münster, 2/1925, pp. 306, 313-314, 318.

³⁷ *Ibid.*, p. 316.

³⁸ A. HÄNGGI y I. PAHL, op. cit., pp. 347-357.

³⁹ Citado según F.J. DÖLGER, op. cit., p. 323, nota 1.

⁴⁰ *Missale hispano-mozarabicum. Ordo Missae. Liber offerentium*, Toledo 1991, p. 71.

Si, durante la oración —y especialmente durante la anáfora—, los cristianos volvían la mirada hacia el oriente, no era simplemente para manifestar que buscaban con la vista al *Kyrios* transfigurado en el cielo, que volverá al final de los días —este es el sentido que dan las justificaciones de la orientación hacia el este—; se trataba al mismo tiempo de expresar la viva espera y el ardiente deseo de que se cumpliera el fin de los tiempos y se revelara el Reino venidero, precisamente durante la celebración de la Eucaristía. Sin duda hay que ver en ello la influencia de un pasaje del profeta Ezequiel (43,1): «Me llevó al pórtico, el pórtico que da al oriente, y he aquí que la gloria del Dios de Israel llegaba desde el oriente». Del mismo modo, los cristianos que celebraban la Eucaristía esperaban también la venida del Señor, como participante en la santa celebración. En este sentido, la oración dirigida hacia el oriente quiere indicar que la mirada está permanentemente fija en el lugar del Señor. Retomando lo que decía Orígenes, en el capítulo 32 de su libro sobre la Oración del Señor, también se puede decir que esta orientación «simboliza que el alma dirige la mirada hacia el amanecer de la verdadera luz», «esperando el bienaventurado objeto de nuestra esperanza y la gloriosa manifestación de nuestro gran Dios y Salvador, Cristo Jesús» (Tt 2,13).

Es también desde esta perspectiva como conviene entender la frase que concluye los prefacios y que hace la transición con el *Sanctus*. En ella se encuentran casi siempre expresiones que evocan la comunión de la celebración de la asamblea terrenal con la multitud celestial. Los fieles que celebran la Eucaristía se unen a las multitudes celestiales para, junto con ellas, cantar la alabanza de Dios. Aunque todavía se encuentra en peregrinación por la tierra, la Iglesia, ya de pie a la derecha de Cristo, es su esposa, en la medida en que ya pertenece al modo de existencia celestial. Por eso, su celebración puede ser ya una participación en la liturgia del más allá.

C - La Cruz, signo escatológico

Como hemos visto, desde muy temprano, la orientación de la oración estuvo frecuentemente marcada por una cruz fijada en la pared e ⁴¹. En los *Acta Hipparchi, Philotei et sociorum* (mártires sirios bajo Diocleciano), se lee: «Había, en la casa de Hiparco, una sala adecuada; en ella, había pintado una cruz en la pared este. Allí, siete veces al día, ante la cruz, con el rostro vuelto hacia el oriente, adoraban a Jesucristo, el Señor». En este caso, como en otros ejemplos similares, se trata de la oración privada que se realiza mirando hacia el oriente.

Pero esta misma actitud debió de adoptarse muy pronto en el culto público de la Iglesia. Así, en los *Cánones* de Jacobo de Edesa (hacia 640-708), hay una cuestión sobre si un laico puede entrar en el coro para colocar una cruz en la pared. Y, en sus homilias litúrgicas, Narsés de Edesa (a principios del siglo VI) dice que el altar está ricamente adornado y que sobre él se encuentran el evangelio de la vida y la madera adorable (la cruz).

⁴¹ E. PETERSON, «Das Kreuz und das Gebet nach Osten», en: del mismo autor, *Frühkirche, Judentum und Gnosis*, Friburgo 1959, pp. 13-15. En esta obra se encuentran también los ejemplos mencionados en el texto.

Estos ejemplos, como muchos otros, muestran claramente la relación que se establece entre la cruz y la orientación de la oración. Dicho esto, ninguno de estos testimonios es anterior a los siglos V y VI. Sin embargo, no parecen describir algo nuevo, sino más bien una costumbre antigua y bien arraigada. En realidad, esta costumbre se remonta al siglo II y ya se deduce de *los Hechos apócrifos* de Pedro y Pablo. Una versión posterior de estos *Hechos* habla de una cruz de luz que aparece en la pared este de una casa, donde la cruz de madera marcaba normalmente la dirección en la que se rezaba.

Otro testigo de esta época es Tertuliano. En su *Apologeticum* (16,6-8: CCL 1,115-116), arremete contra los paganos que sospechaban que los cristianos adoraban la cruz. Inmediatamente después, habla de la oración hacia el oriente. Encontramos la misma afirmación en Minucio Félix: «No adoramos ninguna cruz».⁴² El destinatario de la oración no es la cruz en sí misma; esta solo indica la dirección en la que debe dirigirse la oración. Pero tampoco es un signo cualquiera, que pudiera sustituirse por otro. Al contrario, existe una estrecha relación entre la cruz y el significado de la orientación de la oración.

La cruz es el signo que precede al Hijo del hombre. Así se lee en Mt 24,30: «Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre. Entonces también se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre volviendo sobre las nubes del cielo con poder y gran pompa».

Desde muy temprano, la cruz se entendió bajo este signo escatológico. En *el Apocalipsis de Pedro*, redactado antes del año 150, el Señor dice así: «Mi cruz avanzando delante de mí, así vendré en la gloria». Y, en *la Epistula Apostolorum*, de fecha posterior, encontramos la promesa de que Cristo volverá como el sol al salir: «Y, precedido de mi cruz, vendré a la tierra para juzgar a los vivos y a los muertos».

Ya en la primera mitad del siglo II se observaba, pues, una estrecha relación entre la cruz y la parusía. La cruz aparecería en el cielo como un signo escatológico y precedería a la parusía de Cristo. Para los primeros cristianos, la cruz no era un recuerdo de la Pasión, sino un signo del regreso de Cristo, es decir, un signo de Cristo glorificado. Esta relación entre la cruz y la parusía se mantuvo viva durante mucho tiempo. En un himno, Efrén el Sirio canta: «Cuando Cristo aparezca en el Oriente, entonces aparecerá ante él la Cruz, como un estandarte ante el *Basileus*». Aquí, Efrén relaciona todos los elementos que hemos visto en relación con la orientación: el regreso del Señor al Oriente y el signo de la cruz que precederá a la parusía. Cirilo de Jerusalén se expresa de manera idéntica en sus *Catequesis* (13,41: PG 33, 821 A): «Con Jesús, la cruz volverá del cielo; pues el *tropaion* será llevado delante del *Basileus*». Por último, san Juan Crisóstomo dice (Hom. in Matth. 54,4: PG 58,537): «No te avergüences, pues, de un bien tan grande, para que tampoco Cristo se avergüence de ti cuando venga en su gloria y cuando aparezca su signo delante de él, más brillante que los rayos del sol. Sí, entonces vendrá la cruz y, con su aparición, ella

⁴² Minucio Félix, *Octavio* 29, 6-8: PL 3,332A.

predicará en voz alta, dará testimonio del Señor por toda la tierra y mostrará que Él no ha descuidado nada de lo que dependía de Él».

Considerado en relación con la oración y la liturgia, el signo de la cruz tiene, pues, desde el siglo II, un significado escatológico, que conservará durante mucho tiempo aún en el periodo patrístico.

En resumen, podemos decir que, desde muy temprano, los cristianos se orientaban hacia el este para rezar. Esta orientación de la oración expresaba de manera visible su esperanza en el regreso del Señor. También desde muy temprano (sobre todo en la región siria), la dirección del este quedó marcada por una cruz colocada en la pared oriental de las salas o lugares de culto. Sin embargo, esta cruz no era un signo cualquiera, que cualquier otro pudiera haber sustituido, sino que estaba estrechamente relacionada con la orientación de la oración. La cruz era entonces menos un recuerdo de la Pasión del Señor que el signo escatológico del Hijo del hombre, signo que precederá inmediatamente a su regreso. Sin embargo, esta espera de la parusía tenía como fundamento la muerte vicarial histórica y la resurrección de Jesús. Al igual que la propia oración hacia el oriente, esta cruz que marcaba la dirección es un signo de la espera y la esperanza en las que se oraba: «Del mismo modo que la oración hacia el este se explica porque los primeros cristianos esperaban la segunda venida de Cristo en esa dirección, la cruz que orienta la oración no es solo un signo indicador, sino un símbolo del pensamiento escatológico de los primeros cristianos... En la orientación de la oración, la cruz es una expresión viva de la fe en el regreso de Cristo para el Juicio »⁴³.

En cuanto a la cruz en sí, se trataba muy probablemente, al principio, de una simple cruz de madera o incluso de una cruz pintada en la pared. A partir de esta sencilla cruz se desarrollaron tanto la cruz de altar como la cruz de ábside; esta última fue, por otra parte, durante mucho tiempo el único motivo de decoración del ábside, sobre todo en Siria y Mesopotamia. Dado que la cruz representaba menos un recuerdo de la Pasión que un signo escatológico de la venida del Señor en la gloria, su ornamentación se fue enriqueciendo con el tiempo. Así fue como acabó brillando como *crux gemmata* en la bóveda del ábside, que representaba la bóveda celeste. A modo de ejemplo, cabe citar el mausoleo de Galla Placidia y la iglesia de Sant'Apollinare in Classe, en Rávena; Santa Pudenziana y San Pablo Extramuros en Roma, y la catedral de Monreale. En esta cruz *gemma* se ve a menudo el medallón de Cristo (Sant'Apollinare in Classe); por encima de la cruz (San Pablo) o por debajo de ella (Monreale, Santa Pudenziana), se ve al *Pantocrátor*. Esto significa: por encima de la cruz aparece el Señor; ella precede, como signo escatológico, al Señor que viene. Estas decoraciones del ábside no solo evocaban la parusía venidera, sino también, en todos los casos, la parusía presente: en el cielo ya está establecido el Reino que Cristo se ganó con la cruz; mediante la oración y la liturgia, los cristianos ya participan, en la tierra, de ese Reino, pero al mismo tiempo lo esperan en el futuro, cuando esperan participar plenamente en él.

⁴³ E. PETERSON, *Frühkirche, Judentum und Gnosis*, Friburgo 1959, pp. 28-30.

La orientación de la oración y de la liturgia, así como el signo de la cruz, eran símbolos visibles de la espera y la esperanza cristianas de la parusía. Sin embargo, ni la orientación ni la cruz son meras referencias a un futuro incierto; al contrario, a través de la liturgia, hacen que el futuro entre en el presente. La representación de la cruz en la pared o en el ábside de las iglesias es una anticipación del signo del Hijo del hombre que aparecerá un día en la bóveda de los cielos. Cuando los cristianos se vuelven hacia el este y miran la cruz, saben que, en la santa liturgia, ya se adentran al encuentro del Señor que viene. Y cuando se celebra el misterio de la Eucaristía bajo la cruz parroquial, sabemos que Cristo no deja de venir, hasta el día en que aparezca en el cielo el signo del Hijo del hombre y el Señor venga para la parusía final. Así se expresa visiblemente, en los símbolos litúrgicos concretos que son la orientación y la cruz que se contempla, el doble sentido del *Maranatha* de los primeros cristianos: «¡Señor, ven! Ahora en la Eucaristía y pronto en la parusía »⁴⁴.

D - La *majestas Domini*

Si bien la representación de la cruz de la que se ha hablado en el capítulo anterior se encuentra sobre todo en iglesias de Oriente o en regiones que han recibido una fuerte influencia de Oriente (Rávena), en Occidente se encuentra con frecuencia otro tipo de decoración del ábside: la *majestas Domini*. Está especialmente extendida en las regiones del antiguo rito galicano, pero también en las que utilizaban la liturgia romana.

Cabe precisar de antemano que, en los primeros tiempos de la Iglesia (es decir, durante el primer milenio), la disposición de la iglesia no se dejaba a la libre disposición de los artistas, como suele ser el caso hoy en día. Incluso la iglesia más pequeña estaba completamente pintada: se trataba, en este caso, de representaciones «litúrgicas», «típicas», por así decirlo. Los temas estaban, en gran medida, fijados. Se trataba, propiamente hablando, de lo que conviene considerar como arte religioso; sus leyes y sus temas estaban determinados por la liturgia y por la concepción que se tenía del culto divino. Esto explica, por otra parte, por qué los temas son esencialmente los mismos en Oriente y en Occidente.

En el caso de la *majestas Domini*, se trata de la representación de Cristo entronizado en la gloria: el «Cristo en gloria». Con frecuencia, Cristo aparece representado sentado sobre un arco iris, rodeado de una mandorla. A su lado se ven los cuatro animales del Apocalipsis, o también algunos ángeles.

Esta «*majestas Domini*» es, en realidad, una versión simplificada de una representación más antigua que aún se puede encontrar en algunas iglesias antiguas: la Ascensión del Señor. En el registro inferior, se ven los doce apóstoles con la Madre de Dios en medio, mirando hacia el observador. María está representada con las manos levantadas (la Orante): ella es la imagen y el *typos* de la Iglesia. En el registro superior, se ve al Señor entronizado en el cielo, rodeado de ángeles o de

⁴⁴ Sobre todo este aspecto, véase también: J. RATZINGER, *Fest des Glaubens*, pp. 123, 124-125.

animales del trono (que simbolizan a los evangelistas)—o de ambos a la vez. Se trata de una representación tanto de la Ascensión de Cristo como de Cristo elevado y entronizado en la gloria. Esta representación se encuentra tanto en Oriente como en Occidente ^{nt. 45}.

Existe una estrecha relación entre esta decoración y la oración hacia el este. Cristo ascendió a los cielos hacia el oriente y de allí volverá «escortado por sus ángeles» (Mt 16,27), al igual que, ante los apóstoles, fue «elevado al cielo» (Hch 1,11). Es a él, «el Todopoderoso» (Ap 1,8), a quien rezan los fieles reunidos para el sacrificio eucarístico y quienes, al mismo tiempo, esperan su regreso. Ellos mismos están representados por María, como *typos* de la Iglesia (la Orante), por los apóstoles, como fundamentos de esta Iglesia (cf. Ef 2,20), y a menudo por palomas (o ovejas), como representantes de las almas de los fieles.

Como hemos dicho, la parte superior de esta representación de la Ascensión se separó posteriormente para convertirse en un motivo aislado. Ahora vemos al Señor entronizado en el Reino de la otra vida; en la mayoría de los casos, está sentado sobre un arco iris, signo de la creación y de la alianza sellada por Dios con el hombre, pero también ocurre que se le representa sentado sobre el globo terráqueo. Por regla general, sostiene el evangeliario en la mano izquierda y levanta la mano derecha para bendecir. Allí aparece de nuevo rodeado de ángeles o de los cuatro animales del Apocalipsis de San Juan. Se puede considerar esta decoración del ábside como una característica típica de las iglesias de rito galicano, pero también de Occidente en general. Se encuentra con frecuencia en las iluminaciones occidentales. Los cuatro animales representan a los evangelistas, pero también constituyen una anamnesis del misterio de Cristo: «Los cuatro animales indican la cuádruple palabra de los evangelios y caracterizan a los cuatro evangelistas, pero también las cuatro grandes etapas de la venida del Señor: el ángel, signo de Mateo, representa la encarnación; el toro, signo de Lucas, la crucifixión; el león, signo de Marcos, la resurrección; el águila, signo de Juan, la Ascensi^{ón}»⁴⁶.

Incluso tras la abolición del rito galicano por Pipino en 754, la *majestas Domini* se conservó en la región donde se había practicado dicho rito, y ello hasta la época románica, a menudo incluso hasta la época gótica primitiva, esencialmente como decoración del ábside. Así lo atestiguan numerosos ejemplos, especialmente en España y en el Tirol del Sur.

En el rito galicano, a la «*majestas Domini*» así representada le corresponde toda una serie de cantos de misa. Cabe destacar, en particular, en el antiguo rito milanés, la «*Ingressa*» de la fiesta de San Juan Evangelista (que quizá también se cantara, en otros tiempos, en otras ocasiones). En el rito romano, se evoca en el introito del primer domingo después de la Epifanía: «Sobre un trono elevado, vi sentado a un hombre a quien la multitud de ángeles adora cantando a una sola voz: “He aquí a aquel cuyo poder es eterno”». Otra antífona del rito galicano canta la victoria del «rey del señorío» sobre el infierno y la muerte; es lo que se llama el *Canticum triumphale*, que fue

⁴⁵ En Occidente, en Lavaudieu (Auvernia), en Charlieu (Borgoña) y en Moncherrant (Jura suizo).

⁴⁶ W. NYSSSEN, *Drei Säulen tragen die Kuppel*, Colonia 1989, p. 327. Sería deseable que, en el futuro, al construir iglesias, se tuviera más en cuenta la disposición típica de las iglesias de antaño y se devolviera a la *majestas Domini* el lugar que le corresponde.

conservado hasta nuestros días en lo que fue la región franca: «*Cum rex gloriae Christus infernum debellaturus intraret et chorus angelicus ante faciem ejus portas principum tolli praeciperet, sanctorum populus qui tenebatur in morte captivus voce lacrimabili clamaverat: Advenisti desiderabilis, a quien esperábamos en las tinieblas, para que sacaras esta noche a los atados de los claustros: Te invocaban nuestros suspiros, te reclamaban con lamentos, te has convertido en esperanza para los desesperados, en gran consuelo en los tormentos. Aleluya*».

La «*Majestas Domini*» que decoraba el ábside se inspiraba en dos fuentes: por un lado, el Salmo 102, 19-21: «Yahvé ha establecido su trono en los cielos; su reino domina sobre todo. Bendecid a Yahvé, vosotros sus ángeles, [...] que cumplís su palabra, atentos al sonido de su palabra»; y, por otro lado, la visión de Ezequiel (1,5-25): «Sobre esta forma de trono [...] (estaba sentado) un ser de aspecto humano... y... vi algo como fuego y un resplandor a su alrededor; el aspecto de ese resplandor, a su alrededor, era como el aspecto del arco que aparece en las nubes, los días de lluvia». La *majestas Domini*, que nos aparece, pues, como una representación (simplificada) de la Ascensión, evoca de hecho no solo la Ascensión del Señor como tal, sino también su glorioso retorno al final de los tiempos, según las palabras de los dos ángeles: «(Él) descenderá de la misma manera que lo habéis visto subir» (Hch 1,11). Es hacia él, el Todopoderoso —él que está en la soberanía del Padre (cf. Flp 2,11), a quien las potencias celestiales sirven y adoran temblando—, hacia quien los fieles reunidos para el sacrificio eucarístico dirigen su mirada. Al mismo tiempo, esperan la venida del Señor en la celebración de la Eucaristía y su gloriosa parusía. Así, la decoración del ábside de las iglesias occidentales primitivas —al igual que, anteriormente, la cruz— aparece como un elemento parusial de la liturgia, que confiere a la Eucaristía el carácter de una ceremonia que se celebra volviéndose hacia el Señor.

E - Oración hacia el este y carácter sacrificial de la Eucaristía

La cuestión de la posición del sacerdote en el altar está, además, estrechamente ligada al carácter sacrificial de la misa. «Quien presenta la ofrenda se vuelve hacia aquel a quien se presenta la ofrenda. Según la concepción de los primeros cristianos, esto se hacía dirigiendo la mirada hacia el oriente »⁴⁷. Así, las iglesias de la Reforma, al tiempo que negaban a la misa su carácter sacrificial, exigían que «el ministro volviera el rostro hacia el pueblo »⁴⁸. Pero, según la concepción católica (y oriental), en la misa, el carácter de sacrificio y el carácter de comida son inseparables, no se oponen; la comida y el sacrificio son dos elementos de la misma celebración, aunque, a lo largo de la historia, no siempre se haya concedido la misma importancia a la expresión visible de uno y otro. Sin embargo, la propia Didaché (hacia el año 100) presenta expresamente la «fracción del pan» dominical como un sacrificio (XIV,2).

⁴⁷ K. GAMBER, *Ritus modernus*, Ratisbona, 1972, p. 27.

⁴⁸ Esto es lo que pedía Martín Bucer en Estrasburgo; véase F. SCHULZ, «Das Mahl der Brüder», en: *Jahrbuch für Liturgik und Hymnologie* 15 (1970), p. 34.

«Según la concepción católica, la misa es más que una simple comunidad de comida en memoria de Jesús de Nazaret. Lo esencial no es la comunidad reunida y vivida, aunque este aspecto no debe descuidarse (véase 1 Co 10,17), sino el servicio de esta comunidad ante Dios.

El punto de referencia debe ser siempre Dios, y no el hombre. Esta es también la razón por la que, desde el principio, en la oración, todos se volvían hacia Él, en lugar de que el sacerdote y la comunidad se miraran entre sí. Por lo tanto, hay que sacar ahora las conclusiones y considerar la celebración *versus populum* como lo que es en realidad: una invención y una exigencia de Martín Lutero» .⁴⁹.

IV - Resumen y síntesis

Como conclusión de todas estas consideraciones, resumamos brevemente nuestras observaciones.

Los hallazgos arqueológicos realizados en los edificios eclesiásticos de los cinco primeros siglos —que, lamentablemente, solo hemos podido presentar de forma esquemática— ponen claramente de manifiesto que, desde el principio, estos edificios destinados al culto cristiano se construían orientados hacia el este; incluso cuando se trataba de salas que se destinaban, en casas particulares, al culto divino, se elegía, si era posible, una sala orientada de oeste a este.

Durante la celebración de la Eucaristía, toda la comunidad se orientaba hacia el este para esperar la venida de Cristo —actualmente en la celebración eucarística y en la parusía—, o bien se ordenaba en una gran procesión de las naciones para salir al encuentro del Señor que viene y de la Jerusalén celestial, en la que la comunidad ya participa en la liturgia.

Desde los primeros tiempos, los cristianos se han vuelto hacia el este para orar: las dos razones principales eran la convicción de que Cristo ascendió al cielo hacia el este y la promesa hecha por los ángeles de que volverá de la misma manera. Cuando los cristianos se vuelven hacia el este para orar, miran en la dirección de donde vendrá el Señor. El sol naciente es el signo cósmico de la venida del Señor, que es él mismo el verdadero sol de justicia.

Desde la época de la Iglesia primitiva, los cristianos han adquirido la costumbre de marcar la dirección del este con una cruz, que más tarde se convertiría en la cruz del altar y en la *crux gemmata* del ábside. Esta cruz es el signo escatológico que, según Mt 24,30, precederá al Hijo del hombre en su venida. Cuando toda la comunidad se vuelve hacia la cruz que está al este, expresa de manera visible la forma en que los primeros cristianos, en su oración y durante la celebración de la Eucaristía, esperaban y aguardaban la parusía.

Del mismo modo, la decoración del ábside (en Occidente) que representa la *majestas Domini*, que constituye un aspecto particular de la representación de la Ascensión, subraya el aspecto escatológico

⁴⁹ K. GAMBER, op. cit., p. 28.

de la santa celebración. Los fieles se vuelven hacia el Señor que está sentado en la gloria del Padre y que ahora viene en la Eucaristía, la cual es primicia y anticipación de su parusía final.

Así pues, la orientación es un signo profundamente escatológico que pertenece a los fundamentos mismos de la liturgia cristiana. Es una expresión de la esperanza viva en la venida del Señor. Sin embargo, la perspectiva de esta venida no queda relegada a un futuro lejano : a través de la liturgia, la orientación y los signos que la acompañan actualizan el acontecimiento que aún está por venir. «Cuando los cristianos se vuelven hacia el Oriente para orar y miran la cruz, van al encuentro de Cristo, y Cristo viene con su signo al encuentro de los hombres. En la orientación hacia el este, la oración de los primeros cristianos: ¡*Maranatha!* se expresa visiblemente en su doble significado: “¡Señor, ven a esta Eucaristía y ven para tu parusía!”»⁵⁰. Por eso cabe preguntarse si, sin esta orientación, la celebración de la Eucaristía no pierde una dimensión necesaria, ya que la comunidad ya no se abre junta al Señor que viene, sino que se cierra sobre sí misma en un círculo.

Por último, se dirá que la orientación hacia el este, como acabamos de ver, es igualmente importante desde el punto de vista del carácter sacrificial de la misa.

Aunque el hombre de hoy en día suele ser menos sensible a la orientación hacia el este y al significado del sol naciente, todo el mundo debería ser capaz de comprender por qué el sacerdote y la comunidad se vuelven en la misma dirección para rezar. Sin embargo, habría que precisar qué significa esta orientación común. Cuando celebramos la Santa Eucaristía, no lo hacemos en dirección al altar ni siquiera al sagrario, sino en dirección al Señor que viene. En consecuencia, como en el primer milenio y como hoy en las Iglesias orientales, el altar debería erigirse aislado en el centro, «para que se pueda rodear sin dificultad»⁵¹. Además, debería estar cubierto, como en tiempos antiguos, con telas preciosas (*antependia*) y, cuando sea posible, coronado por un ciborio. De este modo se manifestará que no se trata de una simple mesa de comida profana, sino que allí es el lugar «donde lo más elevado se une con lo más bajo, donde se unen lo terrenal y lo celestial, lo visible y lo invisible»⁵².

Además, para renovar nuestra concepción de la liturgia y redescubrir verdaderamente la oración orientada hacia el este y su significado, habría que precisar en qué momentos el sacerdote se vuelve hacia el este y en qué momentos se vuelve hacia el pueblo. A este respecto, me permitiré citar, a modo de conclusión, dos textos que pueden dar indicaciones concretas sobre la forma en que debería desarrollarse la celebración de la Eucaristía. «La mejor manera de expresar el carácter sacrificial de la misa es pedir que, durante la plegaria eucarística —en la que se realiza el santo sacrificio—, toda la asamblea se vuelva, junto con el sacerdote, en la misma dirección (es decir, hacia el este). Por otra parte, se podría resaltar mejor el carácter de comida de la misa si

⁵⁰ E. KELLER, *Eucharistie und Parusie*, Friburgo 1989, p. 147.

⁵¹ S. Congr. Rituum, Instr., *Inter Oecumenic*, 26 de septiembre de 1964, n.º 91.

⁵² GREGOIRE, *Dial.* IV 58; PL 77, pp. 429 y ss.

desarrollando el rito de la comunión. No hace falta subrayar aquí que, para la proclamación de la palabra de Dios, es necesario que el sacerdote —o el lector— y la comunidad estén cara a cara «⁵³. «Las disposiciones del liturgo podrían ser las siguientes: volverse hacia la asamblea cuando se dirige a ella, es decir, durante los saludos..., cuando anuncia la palabra de Dios y durante la distribución de la comunión; volverse hacia el ábside para todas las oraciones »⁵⁴.

⁵³ K. GAMBER, op. cit., p. 28.

⁵⁴ M. METZGER, op. cit., p. 143.